

nes y los batallones precipitados sobre el enemigo? ¿Cómo iban á tender á sus piés, con sus propios fusiles, al General á quien iban á aclamar ocho días ántes por jefe suyo, ni qué justicia era aquella, ni militar, ni política, ni de ninguna especie, que iban á ejecutar; ellas, que á la voz de un General habían lanzado del Trono á una Reina, sobre otro General á cuya voz iban á lanzar del Gobierno al Regente? Ejemplos como este se han visto muchos en las revoluciones, y por las revoluciones se explican.

Llegado el cortejo á la puerta de Toledo, el pueblo, al cual no se le permitió presenciar la ejecucion de la sentencia, vió salir por ella á la víctima, para encontrarse á corta distancia dentro del cuadro. Al bajar del coche, el General Leon dijo al General Roncali, que parecía el verdadero reo: «¡Alma, Federico! No es ocasion de abatirse;» y poniéndose la mano derecha en la visera del schakó, para oír la sentencia, le dijo al secretario de la causa, cuya voz embargaba un llanto tardío: «No hay motivo para tanto; yo la leeré.» Abrazó luego al General Roncali; le abrazó por dos veces, diciéndole: «Este abrazo para mi familia; y este, para la de V.» Abrazó tambien al que había derramado los consuelos de la Religion en su alma <sup>1</sup>; encaminóse hácia el piquete, y tomando una actitud majestuosa, «No tembleis,—dijo á los granaderos;—al corazon!» Dió las tres voces de mando, y cayó. Aquellas eran las primeras heridas del General Leon, y aquel el dia más terrible de la revolucion española!

<sup>1</sup> Fue el P. D. Eduardo Carasa, de santa é inolvidable memoria; de la Compañía de Jesus.

## BIOGRAFÍA

DE

DON RAMON CABRERA.

Pudieran algunos mirar, cuando ménos con extrañeza, la brusca transicion que hacemos en la série de nuestras biografías, presentando en pós de las vicisitudes, afanes, trabajos y talentos de hombres parlamentarios, de celebridades políticas, el horrible cuadro, las escenas sangrientas y terribles, que desde luego representa á la imaginacion el nombre sólo de Cabrera.—Pudiera acaso exigirse de nosotros que al pasar del estudio de los hombres políticos, del gabinete de los estadistas, ó, si se quiere, de la no siempre pacífica y sosegada Asamblea de los Legisladores, al teatro más agitado y turbulento de los vivaques y campamentos, presentáramos estas horribles escenas, agrupadas en torno de la vida de uno de los muchos ilustres Generales, que ha dado á luz nuestra época y nuestra Patria, y cuyo nombre se levanta en medio de esos horrores puro de toda mancha sin embargo, y cubierto de noble, inequívoca é indisputada gloria. Nosotros, empero, hemos tenido presentes otras consideraciones, para dar principio á las descripciones de la guerra que ha destrozado nuestro suelo, por la pintu-

ra y retrato del famoso personaje á quien deparó el destino hacer en ella papel tan importante y terrible.

Pintar la época contemporánea bajo todos sus aspectos, por medio de los hombres de más alta influencia en los sucesos que la constituyen, ha sido el principal objeto que nos hemos propuesto. El período más importante ahora para nosotros, el de más vivo, más palpitante, más dramático interés, es esa guerra encarnizada que acabamos de pasar; esa guerra que humea todavía; esa lucha en que batallaron tenazmente los dos principios que se disputan el dominio de la sociedad; en que obstinadamente pelearon los antiguos intereses, y con ellos los inveterados abusos, en contra del espíritu de reforma y de las ideas revolucionarias, que tras la reforma asomaron. Esta guerra debe estudiarse en el partido que la declaró, en el partido carlista; y, como en toda revolución, su historia debe ser la del partido que la hizo.

Porque es verdad; el partido carlista, que al parecer proclamaba las ideas contrarias á la revolución, y que era el representante de los principios monárquicos, fué en su levantamiento, en su conducta, en los medios, y en los hombres que le sostuvieron, eminentemente revolucionario.

Desde luego, el partido absolutista no se hallaba en el poder á la muerte de Fernando VII. Le había perdido sin agresión, sin violencia alguna del partido liberal, por sólo la fuerza de las cosas, y la marcha natural de los acontecimientos. El partido liberal estaba en el mando, porque había hecho alianza con el Trono: la Corona le había llamado. La situación legal, la situación reconocida, el poder de hecho y de derecho estaba en manos de la Reina Cristina, como Reina Madre de las hijas del

difunto Monarca, como Gobernadora del Reino durante su menor edad; y María Cristina símbolo era del partido liberal. El mismo Zea, cualesquiera que sean las formas bajo que intentaba cubrir el poder, era sin duda alguna un Ministro reformador. Los primeros que le repudiaron, los primeros que le declararon la guerra, los que nunca le hubieran contado en sus filas, aunque hubiera llegado á plantear su sistema, y á establecer sólidamente lo que se llamó despotismo ilustrado, fueron los carlistas. Los carlistas se rebelaron contra su administración. Los carlistas empezaron por declararse franca, resuelta, revolucionariamente insurgentes, por atacar al poder constituido. No es disculpa que invocasen la legitimidad de su Rey. No hay insurrección política que se atreva á presentarse en nombre de la fuerza, y desnuda de todo derecho. Todas proclaman su justicia; todas se anuncian disculpándose de emplear la fuerza con la santidad de su causa. Sean personas ó sean principios los que se proclaman en una sublevación, nunca sólo á nombre del interés, ó de la conveniencia se declaran. Antes de todo, y sobre todo, la legalidad es la que se invoca. Los carlistas obraron de la misma manera. Anunciaron la legitimidad de su revolución; pero revolución era lo que hacían.

Y si lo es, considerada bajo este punto de vista, y con relación á los medios de que en consecuencia de esta posición hubieron de valerse los que la hacían, todavía lo es más, si se considera el carácter democrático que ha revestido en España la causa realista. En 1823 eran las masas populares las que hacían la reacción; en la década siguiente las cuatrocientas mil bayonetas de los voluntarios realistas eran la plebe armada. Del seno de esta plebe salió el grito de insurrección en 1833. Al frente de

una causa que parece debía ser la de los antiguos privilegios, la de los tradicionales intereses, y de las pretensiones aristocráticas, no apareció ningun aristócrata de gran valía. Todos los Grandes de España habían jurado á Isabel II, y reconocido el Gobierno de su Madre: muchos de ellos cooperaron activamente al establecimiento del sistema representativo. Entre los primeros adalides del carlismo no figuró ningun título. Aun despues, cuando hubo algunos en la córte de D. Cárlos, ocuparon siempre un lugar muy subordinado, y no más importante que el que pudiera haberles cabido en un Gobierno democrático.

Los principales Generales en el teatro de la guerra, eran militares de fortuna; algunos, sin alta graduacion anterior. Y en las demás provincias todos los que levantaron partidas, eran personas de la ínfima clase, militares retirados subalternos, clérigos mal avenidos con su estado, jóvenes perdidos, deseosos de medrar; ambiciones democráticas, en fin, como las que se despiertan en el seno de toda revolucion. Los Santerre, los Collot d' Herbois, los Robespierre y Saint-Just, acaso los Marat de nuestra guerra no deben buscarse en el partido que se cree popular: en la causa de D. Cárlos se encuentran más fácilmente esos tipos, esos caracteres de actividad diabólica, ante los cuales se doblan y alinéan los demás en tiempos de revueltas.

El mismo Zumalacárregui, el gran caudillo, el organizador de la guerra de Navarra, no era ningun hombre del antiguo régimen. Merino, Balmaseda, Palillos, Carnicer, Tristany y los demás que empezaron la guerra en los otros puntos de la Monarquía, sabido es á qué clase y condicion pertenecian. Cabrera, en fin, el último pun-

tal del edificio carlista, el representante más puro del sistema y de las idéas del Pretendiente, el hombre más simpático al partido exagerado y monacal, que prevaleció por mucho tiempo en los consejos, y siempre en el corazon de aquel príncipe; Cabrera, el único caudillo de sus tropas, á quien dispensó la merced de un título; Cabrera, que en 1839 se firmaba Conde de Morella, y que, si hubiera triunfado su causa, se hubiera firmado Duque, y hubiera brillado cubierto de bandas, placas y cruces en los aristocráticos salones de la córte, Cabrera estaba más léjos que otro alguno de ser un personaje destinado á figurar en tiempos tranquilos, ya fuesen de monarquía pura, ya de régimen representativo, ya, si se quiere, de espíritu y dominacion militar, en tiempo de guerras y campañas regulares. Cabrera en 1833 era un estudiante de Tortosa, un mala cabeza de lugar.

Su padre era un patron de barco, que había adquirido algunas medianas comodidades, con especulaciones de su profesion. Cabrera, nacido en 1809, fué criado con todo el abandono y descuido con que se educan en nuestros pueblos de provincia los muchachos de las clases desacomodadas, que espontáneamente no manifiestan inclinaciones de trabajo ó de estudio, máxime cuando sus padres los consienten, ó les faltan. Ambas cosas sucedieron á Cabrera. Antes de tener uso de razon, murió su Padre, y su Madre contrajo segundas nupcias. Quedó pobre, descuidado, desvalido: fué travieso, holgazan y desaplicado. Apénas sus maestros le pudieron enseñar á leer y escribir. Quisieron dedicarle á la profesion de su Padre, pero él no quería trabajar. Su Madre pretendió que estudiara y se hiciese sacerdote, y los dómines de Tortosa no consiguieron enseñarle el latin. Distingúase,

empero, desde niño, como capataz y caudillo de sus iguales en las querellas de barrio, y en los alborotos y camorras de lugar. Más crecido, se hizo notar, según cuentan, por el desenfreno de sus costumbres. La carrera á que se dedicaba, el haber recibido á título de un beneficio patrimonial las primeras órdenes, no le retraían de la vida licenciosa, ó acaso la hacían resaltar más.

La febril actividad de su alma, que desde luego se empezó á notar; la movilidad casi enfermiza de su carácter, comprimidas en el fondo de un pueblo oscuro y levítico, no podían tener otro alimento ni otro desahogo que los placeres y recursos de la disolución, y las aventuras provocadas por una imaginación móvil, ardiente, que buscaba la agitación y las sensaciones fuertes donde era más fácil poder encontrarlas. Acaso con educación esmerada, y en la corte, hubiera sido un elegante disipado, y hubiera llenado los salones con la fama de sus aventuras galantes, de sus desafíos, de sus desórdenes y de sus excesos. Allí era lo mismo, salvo la diferencia de lugares y de personas. Allí era un tronera, un quimerista, un libertino, un perdido, una notabilidad de lupanar y garito, un digno jefe de partida del trueno, que se complacía, además de los escándalos, en las profanaciones, y que hallaba tanto más placer en sus orgías, cuanto más respetables eran los lugares en que las celebraba.

Tal fué la vida de su adolescencia y de su primera juventud. Creen algunos que sin las circunstancias que vinieron á dar nuevo rumbo á sus ideas, y empleó á las facultades de su imaginación y de su carácter, hubiera al fin sido el estudiante tortosino un mal clérigo, un cura libertino, siempre penitenciado en ejercicios, siempre encerrado en claustros. Nosotros no somos de esa opinión.

Partidario ó guerrillero, bandido ó pirata, armador ó contrabandista, se hubiera, al fin, distinguido; se hubiera abierto uno de los muchos caminos que especialmente en España se han presentado siempre á esas existencias independientes y borrascosas, que no pueden sufrir el yugo de la sociedad. ¿Quién sabe si en caso de no haber podido ser el General de una causa política, hubiera sido, en las breñas del Maestrazgo, ó en las montañas de Cataluña, un Roque Guinart ó un Jáime el Barbudo? ¿Quién nos dice, si al ardor de las pasiones ó al desenfreno de sus primeros extravíos no hubiera sucedido más tarde una reacción no ménos ardiente de fanatismo y de expiación, y si el licencioso capellan de Michancami no hubiera concluido por ser un devoto penitente, un ejemplar misionero, ó un fanático ermitaño entre las asperezas del Hort, ó en las rocas de Monserrat? Posible es, si no probable; común en esos caracteres, tan susceptibles, tan impresionables, tan apasionados, como el carácter de Cabrera aparece y se revela desde los primeros momentos de su vida turbulenta y borrascosa.

También algunos han querido decir que sus primeras relaciones fueron con sujetos del partido liberal, y que á favor de este sistema estaban sus primeras simpatías. Nada hay, sin embargo, que compruebe esta opinión, ni prescindiendo de hechos y de pruebas, parece probable. Nosotros no creemos que jamás se le haya ocurrido al estudiante Cabrera meditar sobre una teoría política, ni apasionarse por una forma de Gobierno. Sus relaciones eran indistintamente, dicen, con jóvenes de uno y otro partido; pero nosotros, á la verdad, no acertamos á figurarnos qué clase de liberalismo podría existir en Tortosa, gobernada casi exclusivamente por el célebre Obispo

D. Víctor Saez y su cabildo, ni entre los jóvenes que frecuentaban entónces la sociedad de Cabrera. Acaso, bajo el imperio de hombres tan fanáticos, se daría la calificación de liberales á los que se emancipaban de su yugo, á aquellos cuyas costumbres hacían mayor contraste con los principios ascéticos y los hábitos monásticos, que en aquel recinto debían prevalecer. Es verdad que D. Víctor Saez negó á Cabrera las órdenes de subdiácono, cuando las solicitó; pero había bastantes motivos en la mala conducta y no mejor reputación del postulante, para que sea preciso acudir al absurdo pretexto de profesar principios liberales. Pero lo que creemos, y lo que parece indudable, es, sí, que Cabrera, al decidirse por la causa carlista, no obró por convicciones, ni por ódios, ni por venganzas, ni por fanatismo de ningún género. Ninguno de estos sentimientos cabía en su carácter, ni había acontecimientos en su vida que á ninguno de ellos le determinasen. La sublevación carlista sólo se le presentó como un medio de colocarse, de hacer fortuna, á él, sin riquezas, sin esperanzas, sin profesión, sin carrera y sin porvenir alguno.

Desde los primeros recelos de una guerra, despertáronse en él, ó hallaron extenso campo en su alma los instintos que despues le habían de dar tanto poder y fama tan terrible. Á los primeros anuncios de posibilidad de una guerra de montañas, su corazón debió palpitar de placer y de entusiasmo, su fantasía debió entregarse á los sueños más deliciosos, al sentirse con las cualidades necesarias para ser un poderoso y temible partidario. Era lo de ménos la causa que iba á abrazar; los principios, los intereses, las personas que se comprometía á defender. Lo que debía llamarle y cautivarle, era el poder, el

mando, la vida independiente, la inquietud continua, la actividad incesante de la vida de guerrillero; vida de riesgos, de peligros, de azares, de alternativas, de reveses y de triunfos, de emulaciones é intrigas, pero vida también de placeres y de delicias para las almas que gustan de aventurarse en ese gran juego; para los corazones que sólo sienten la existencia en la alternada sucesión de esos grandes y tempestuosos sacudimientos. Cabrera había nacido para ella: la más leve circunstancia debía determinar sus inclinaciones, y esta circunstancia no tardó en presentarse.

Apénas había cerrado los ojos Fernando VII, dióse en las Provincias Vascongadas la señal de guerra y de insurrección contra el Gobierno de Isabel II, y tremolóse en las altas crestas de los montes de Navarra y de Vizcaya el estandarte de Carlos V. Este plan no era una tentativa aislada y local. Era una conspiración vasta, extensa, y muy de antemano de la muerte de Fernando, combinada. El grito de viva Carlos V debía hallar eco en la mayor parte de las provincias de España, y los voluntarios realistas debían decidir casi en todas partes el triunfo, contra un Gobierno que había tenido muy poco tiempo, y no demasiados elementos ni recursos, para preparar una eficaz resistencia.

Fuéle, sin embargo, favorable la fortuna contra las primeras tentativas de insurrección, no porque él las venciese, sino porque de suyo abortaron. El entusiasmo de las ideas liberales era poderoso entónces. La reacción de los ánimos contra el régimen que había prevalecido durante diez años, era más fuerte que la no saciada ambición de los que, considerando el Gobierno de Fernando como un régimen de tolerancia y de perniciosa

lenidad, suspiraban por el entronizamiento de los principios llamados *apostólicos*, bajo el reinado de un Príncipe en cuyo parangon hubiera parecido Fernando VII liberal é ilustrado. Los realistas no eran bastante poderosos contra el entusiasmo naciente de sus contrarios; contra la opinion, entónces tan altamente pronunciada, de las personas más influyentes en los pueblos; contra el poder de las autoridades nuevamente establecidas por el Gobierno del Rey en el año último de su vida, y contra la tibieza y poca fé de sus mismos jefes y principales corifeos. Faltó la simultaneidad de esfuerzos, y con ella el buen éxito que pudiera haberlos coronado. La sublevacion dispersada desde luego en los Pinares de Castilla, quedó circunscrita más allá del Ebro á lo interior de las Provincias Vascongadas. Los realistas aparecieron bastante débiles y desalentados para dejarse desarmar, cuando el Gobierno, en efecto, procedió á su desarme por decreto de 25 de Octubre de 1833.

Este decreto, obedecido y puesto en ejecucion casi en todas partes, halló resistencia en un punto de la Península, sobre el cual la atencion del Gobierno no se había entónces fijado, y que estaba destinado á representar tan importante y famoso papel en la comenzada lucha. Hay enclavado en las altas sierras que dividen los reinos de Aragon y de Valencia un reducido territorio, pequeña Suiza de aquellos Alpes, donde, más que valles, hondas angosturas, estrechas gargantas y sinuosos desfiladeros entre escarpadas cumbres, forman una línea de baluartes naturales y de fortificaciones, que constituyen á este retiro en una especie de ciudadela entre Aragon, Valencia, Cataluña y Castilla.

En una de aquellas gargantas, y sobre una empina-

da roca, se eleva Morella, que dá nombre á aquel territorio, llamado el Maestrazgo, y del cual es natural cabeza y centro principal, aunque, en la actual division civil de las provincias, pertenezcan en su mayor parte aquellos pueblos á la de Castellon de la Plana. Aquel punto debía ofrecerse desde luego como á propósito á las miras y sagaces instintos de los que intentaban alguna resistencia: desde luego fué elegido como centro y punto de reunion para todos los realistas que, no queriendo soltar las armas, se hallasen dispuestos á repetir el grito lanzado en las faldas del Pirinéo.

Consideróse exactamente como un cuartel general de guerra, para la que, al igual de las Provincias Vascongadas, se creía posible encender en Aragon y Valencia, y el 12 de Noviembre se proclamó solemnemente en Morella la soberanía de Carlos V: se tomaron medidas de resistencia, se hicieron aprestos militares, y se creó—(lo que por fatalidad aneja á todos los partidos, necesita en España toda insurreccion), se creó, decimos, una junta de gobierno, presidida por el Barón de Hervés, á cuyo llamamiento no dejaron de acudir bastantes realistas de los pueblos circunvecinos, y todas las personas que es fácil allegar para una empresa de este género, en un país donde abundan contrabandistas y han solido anidarse foragidos.

Alarmáronse en derredor de este foco de insurreccion, y no sin fundamento, los pueblos que permanecian leales, y las autoridades del Gobierno de la Reina; mucho más, cuando las primeras bandas, organizadas á la sombra de aquella guarida, empezaron á extender en todas direcciones sus correrías, y á dar principio al sistema de merodéo y rapiñas, que necesitaban para su subsistencia. Distinguíase ya en estas primeras expediciones la co-

lumna que capitaneaba D. Ramon Carnicer, que, á pesar de sus escasas y mal armadas fuerzas, osó acercarse á dos leguas de la ciudad de Tortosa, acaso creído de que, fiados en su apoyo, diesen allí el grito de guerra los muchos partidarios que debía suponerse tendría la causa del Pretendiente, en una ciudad donde tanto había prevalecido, y tanto habría podido fructificar la apostólica influencia del Obispo Saez. Fuesen ó nó fundadas estas esperanzas, en la ciudad se creyó que se urdía una conspiracion para seguir el ejemplo de Morella. Estos recelos, y los peligros exteriores, alarmaron sériamente al General Breton, Gobernador de Tortosa, y le obligaron á tomar algunas medidas de precaucion y de severidad contra los sospechosos de adentro, ínterin se aprestaba á salir para perseguir y sofocar á los insurgentes del Maestrazgo.

Queriendo, sin duda, imponer é intimidar á los más sospechas infundian de poder estar de acuerdo con los facciosos, y, segun otros, cediendo á las sugerencias y exigencias de los que nunca encuentran otro medio de conjurar los peligros que el empleo de absurdas represalias, el Gobernador de Tortosa confinó é hizo salir, con destino á Barcelona y á otros puntos, á más de setenta personas tildadas, si no de conspiradoras, de desafectas, á lo ménos. Entre los nombres de estos desterrados, figura por primera vez, en la escena política, el nombre de Ramon Cabrera. Algunos han querido decir que eran injustas é infundadas las sospechas que sobre él recaían, y que una ligereza del General Gobernador hizo á la causa de D. Carlos el inestimable presente del hombre que tan bien debía servirla. Acaso sí. Pero, ¡cuántos otros que Cabrera estarían en el mismo caso! No es razonable juzgar *ex post facto* los errores, las ligerezas y las impru-

dencias, por la importancia de las consecuencias que casual é impensadamente de ellas se originen.

No era fácil entónces adivinar en el destierro de un alborotador de barrio, el temible adalid que se ocultaba bajo las exterioridades del calavera. Acaso por éste título, si no por el de carlista, fué comprendido. Debióse creer, y no enteramente sin fundamento, que el protagonista de todas las quimeras, el primer galan de todas las aventuras y escándalos de la poblacion, era muy á propósito para asociarse á toda intentona en que fuera preciso temeridad y audacia. Acaso los que delataron su nombre al General Breton, le debían conocer mejor que los que han querido suponer que quizá Cabrera hubiera sido un fiel servidor de la Reina.

Por otra parte, las grandes causas siempre encuentran hombres: que no es el hombre mismo, sinó la causa que personifica la que le dá la primera importancia, la que desenvuelve en él calidades que muchos tienen, y no aparecen hasta que la necesidad de su posicion las pone en juego. Sin el confinamiento de Cabrera, sin la expulsion de Zumalacárregui, no hubieran faltado á D. Carlos Zumalacárreguis ni Cabrerías. En el ejército de Fernando VII Zumalacárregui no había pasado de ser un Coronel estimable y respetado. De otros muchos de su clase hubieran podido tal vez salir no ménos afamados caudillos. En las bandas de Aragon y Valencia, con más ó ménos fortuna, acaso no hubiera dejado de levantarse otro jefe, no ménos temible que el oscuro y mal perjeñado estudiante tortosino. Y si Cabrera era el predestinado, el hombre necesario, allá hubiera ido ciertamente, no hay que dudarle; que el hombre es el que más bien y ántes que otro juzga el primero de su vocacion y de su

destino.—La vida de Cabrera nos manifiesta que él conoció desde luego el suyo.

Viéndose desterrado por una causa política, sin duda empezó á creerse importante, y capaz de serlo. Cuéntase que en el despecho que le causaba la providencia de destierro, anunció que él había de hacer ruido en el mundo. Sin duda en aquel momento se hacía una crisis en su alma; y al salir por la primera vez de su ciudad natal, sabía también, por decirlo así, del puerto de la vida, y ofrecíase á los ojos de su imaginación ardiente el horizonte dilatado de un mar abierto y borrascoso, en el cual se sentía con impulsos y arranques de navegar con prospera y audaz fortuna. Un momento de inspiración, inesperado, rápido, debió decidirle. Salido de Tortosa con los demás confinados, separóse de su compañía al principio de su viaje, y se presentó en Morella.

Allí apareció desconocido, oscuro, sin que nadie reparase en él; sin que nada le distinguiese de los demás allegadizos aventureros, más que la circunstancia de saber leer y escribir. Cuando llegó, reinaba la mayor consternación y desorden en el recinto de Morella. Las guerrillas que habían salido para hostilizar á las tropas de la Reina, habían sido derrotadas y dispersas, una tras otra, por las columnas que había destinado en su persecución el Gobernador de Tortosa y por la que mandaba el Brigadier Linares. El General Breton se puso en movimiento sobre Morella, incapaz entonces de resistir á una embestida formal. Rindióse á poco de una ligera resistencia, y los insurgentes, en la mayor confusión, dejaron precipitadamente aquellos muros, en los cuales volvió á ondear la bandera del Gobierno de la Reina, y en cuyo recinto los principales promovedores de la sublevación pagaron

con la vida la declaración de una guerra en la que no se daba cuartel todavía.

Cabrera no podía ser de este número. Acaso en medio de aquellas tumultuosas escenas había tenido bastante tiempo para observar, mas no para distinguirse. Confundido entre la multitud facciosa, evacuó como todos la plaza: pero su inmediata posterior conducta revela que fué entonces, en aquellos momentos de apuro, en aquel trance de dispersión y desaliento, cuando formó el plan, y tomó la resolución que ya no había de abandonar su obstinada y constante temeridad. Cabrera no debía ya dejar las armas, no las dejó hasta su entrada en Francia.

Á poco de la evacuación de Morella, aparece en las inmediaciones de Vistabella una partida facciosa de más de cien hombres, no armados la mitad; pero organizados ya y sometidos al poderoso ascendiente de un jefe cuya superioridad reconocen desde luego, de cuya intrepidez no dudan, cuyo carácter es el más á propósito para guiarles en la azarosa y vagabunda, pero alegre y regocijada vida que les promete; y el cual allí, en aquellas asperezas, y tras las consecuencias lastimosas de una dispersión, sin antecedentes, sin nombre y sin crédito, ha podido reunir recursos bastantes para distribuirles una paga regular y agasajarlos liberal y espléndidamente, con dádivas que en aquella situación bien podían pasar la plaza de pródigas mercedes. Este jefe era ya Cabrera: mandaba ya: la prensa del Gobierno cristino, los partes militares dábanle el nombre de cabecilla: él se llamaba Comandante: los suyos le llamaban ya con respeto con el nombre que le dieron siempre: D. Ramon.

No entra en nuestro plan, no ha sido jamás nuestra intención y nuestro propósito, seguir paso á paso la



série de sus hechos de armas, convirtiendo esta noticia biográfica en una historia militar. Mas para delinear exactamente los rasgos que dibujan su carácter, y que presentan más en relieve la fisonomía moral del personaje, parécenos conveniente detener nuestra consideracion sobre estos primeros dias de su aparicion en la escena.

Los que han despreciado más de lo debido á Cabrera, los que han rebajado desdeñosamente su carácter, y no han querido concederle mérito ni superioridad alguna, atribuyendo todos sus sucesos y su elevacion á los caprichos de una fortuna ciega que le mimó sin merecerlo, no han fijado su atencion en estos bien pocos gloriosos principios, en esta carrera que empezaba, no con gloria, sinó con reveses; no con brillantes é inesperadas ventajas, sinó con penosos trabajos, con asíduas é ingratas taréas, con obstáculos y privaciones de todo género, contra los que no tenía otras armas que su fé, su constancia, su valor, y el fanatismo con que, á la manera de otros personajes que brillaron como héroes en muy superior escala, creyó desde luego en el triunfo de su estrella.

No todas las glorias militares se inauguran con la victoria. El que empieza á ser afortunado, puede muy bien merecer serlo; pero grandes celebridades militares han existido, que comenzaron luchando con su propio destino, y nunca abatidos por el infortunio, aprendieron á vencer á fuerza de derrotas. Nosotros no nos atrevemos á decir todavía, si Cabrera era digno de su suerte; pero debemos hacerle la justicia de confesar que, como Jacob con Dios ántes de que se dignara hacer en su favor milagros, luchó con ella cuerpo á cuerpo, dias que no fueron tan cortos, que hayan podido dejar de ser y de pare-

cerle amargos, y que á los ojos de una consideracion imparcial no se presenten como meritorios.

Porque él allí, solo entre aquellas asperezas, solo entre aquella gente feroz y allegadiza, tuvo dotes para hacerse superior á todos los que podian creérsele iguales. Sin haber vencido, ya le temian, ya le reconocian como valiente y temerario. Sin crédito ni renombre encontraba dinero para sostener con dádivas el natural desaliento de su naciente gavilla. Y cuando, en fin, adelantado el invierno, se vió sin recursos y sin gente, no desmayó todavía, y con dos ó tres compañeros pasó á organizar en las inmediaciones de Tortosa un batallon con que en la primavera siguiente pudo ya operar. Con él siguió á Carnicer en su expedicion á Molina y á Caspe, donde hizo rico botin. Con él sufrió el gran descalabro, que á su regreso experimentaron en Mayals las facciones de Valencia y Cataluña.

No le abatió este revés, ni el cólera. Volvió á reunir su gente, y pasó aquel verano en continuas excursiones, en trabajos de organizacion, si bien huyendo de comprometer empresas arriesgadas. Pero á principios del invierno ya creyó poder sostener de nuevo el campo. El General D. Gerónimo Valdés, que mandaba los reinos de Valencia y Murcia, emprende contra los facciosos la campaña más activa, y una de las más vivas y acertadas persecuciones que acaso se les han hecho en todo el transcurso de la guerra. La fortuna corona sus operaciones. Carnicer y sus subalternos son completamente derrotados en Montalban.

Cabrera se salva, y aparece á poco con una reducida partida. Alcánzanla y dispérsanla Colubi y Azpiroz: desbándansele todos los suyos á poder de persecuciones y de desgracias. Carnicer resuelve pasar á las Provincias. Pa-

rece que la faccion valenciana ha desaparecido, y desaparece en efecto. De todo su poder sólo había quedado en un rincón de los puertos de Tortosa una docena de hombres, y al frente de ellos D. Ramon Cabrera.

Tal era su posición al año cabal de continuos trabajos y de continuos reveses. Á otro cualquiera le hubieran desalentado y retraído; en él fueron estímulo para que extendiese su imaginación por un horizonte más grande de esperanzas, y se diese á meditar nuevos planes, y más gigantescos proyectos. Su constancia no se explica por la tenacidad común de otros partidarios, ya de esta, ya de la pasada guerra, que habiendo hecho de la vida de un guerrillero una profesión, volvían al campo apenas batidos, sin pensar más que en conservar su posición.

Cabrera, tras cada revés que le dejaba inutilizado, ideaba el medio de presentarse operando en mayor escala. No era para él la guerra un medio de vivir. Era el camino de mandar. Creyó desde luego posible el triunfo de la causa que había abrazado. Los reveses y las derrotas no fueron para él desgracias; fueron lecciones. Los desastres de sus compañeros, en que él llevaba, como subalterno, la correspondiente parte, sugerían á su imaginación ardiente medios de evitarlas, y le hacían reconocer en sí mismo calidades que los demás no tenían; que él mismo, acaso, no había echado de ver en sí propio. Este año no había sido perdido para él. Era un año de prácticos estudios y de ruda experiencia. En él había empezado á conocer la guerra, á conocer el país, y á conocer los hombres. Bastante poco tiempo parece para haber hecho ya famoso su nombre del Ebro al Júcar; para poder someter á su voluntad y organizar según su sistema á hombres de más experiencia, y de tanto valor, cuando ménos.

No sólo en este período tenía que atender á los otros: también tenía que cuidar de sí mismo. La profunda ignorancia con que había salido de su pueblo natal, debía serle fatigosa: debió querer entender algo de las cosas y de los hechos de la guerra, y en efecto, parece que en este período se entregó con bastante asiduidad á la lectura de historias de nuestras luchas, y en especial de la de la Independencia; lectura que no sólo le suministraba ejemplos y lecciones, sino que acaloraba vivamente las fogosas y terribles pasiones que á poco debían desarrollarse en su corazón.

Hasta le faltaba el aprendizaje de las fatigas y penalidades de la vida á que se consagraba. Su juventud en Tortosa no había sido la más á propósito para formar un temperamento aguerrido. Su constitución, más bien que atlética y robusta, tenía las apariencias de débil; todo su esfuerzo, toda su dureza nacían de su espíritu, de su movilidad nerviosa; de una necesidad febril de agitación y movimiento, de su actividad incansable y devoradora. Pescador ó marinero algún tiempo en las riberas y en los barcos del Ebro, no debía haber hecho en aquella vida los ejercicios que le hacían apto para galopar días enteros por los caminos, haciendo jornadas de veinte leguas, y descansando de ellas con los placeres de un baile ó con los excesos del libertinaje. En el año transcurrido se había visto todo lo de que era capaz, y sin duda más que los otros, lo había visto y conocido él mismo.

En una situación próspera, la ambición puede ser el egoísmo, y avenirse y hermanarse con la medianía. En una situación desesperada, la ambición que se revela contra el destino, sólo puede fundarse en tener conciencia ó presunción de recursos bastante poderosos para con-

trarestarle ó vencerle. El que en los peligros quiere mandar, no tiene un alma comun.

Echósele en cara mucho á Cabrera su ambicion desmedida y su deséo de exclusivo mando. Á nuestros ojos, esta es su gran calidad, la calidad que le distingue, sin la cual no hubiera, aunque tan infaustamente, hecho su nombre ruido en el mundo. Confinado, como hemos dicho, á sus montañas, sin gente y sin recursos, allí donde se le creía humillado y oscurecido, forma el proyecto de elevarse y de dar nuevos bríos y más fuerte empuje á la causa que se creía abandonada y vencida. Pero este impulso, sólo él se lo podía y se lo quería dar. Con esta idéa, y bullendo, sin duda, en su imaginacion mil proyectos y mil esperanzas, resuelve pasar á las Provincias y presentarse á don Cárlos.

Vivía entónces todavía Zumalacárregui, y corría el primer período de la guerra de las Provincias Vascongadas, el período de entusiasmo, de fervor, de ventajas, de brillo y gloria para las armas carlistas. Era todavía el alma de la guerra el caudillo navarro, y presidía exclusivamente á ella su firme omnímoda voluntad y su superior inteligencia. No había aún partidos en el ejército del Pretendiente; pero asomaban ya en su córte los gérmenes de desunion y discordia que algun dia habían de arruinar y perder su causa. Ya D. Cárlos prestaba más benignos y favorables oídos á sus improvisados cortesanos, que á sus esforzados caudillos. Ya empezaba á mirar con predileccion particular á la gente más exagerada de su partido, á los representantes del partido monacal y apostólico, á los fanáticos desapiadados que querían dar á la guerra civil el carácter de sangre y exterminio con que la Historia retrata las luchas religiosas. Aveníanse mejor con el frio

fanatismo y las idéas del príncipe estas inspiraciones y pensamientos, que las miras más racionales y políticas que dominaban entre los principales jefes militares. No eran á sus ojos los liberales, los partidarios de la Reina, enemigos que combatir, rebeldes que sujetar. Eran más. Eran enemigos de Dios que destruir; impíos que ofrecerle en holocausto; herejes que echar á la hoguera, que exterminar hasta la tercera y quinta generacion.

Los hombres de tales propósitos y consejos eran ya los que privaban en la consideracion y confianza del obcecado Pretendiente, y ellos fueron los que dispensaron desde luego al temerario aventurero catalan favorable y benévola acogida; los que desde luego le dieron importancia, y continuaron, lo mismo en las desgracias que en los sucesos prósperos, conservándole siempre en la gracia de su Rey.

Y no era, sin embargo, Cabrera hombre de fanatismo religioso, ni carácter que reverenciase demasiado los hábitos monásticos y las órdenes sacerdotales; pero fué bastante sagaz para conocer la clase de hombres que podían dispensarle mejor la proteccion y apoyo que entónces necesitaba; y los planes y proyectos que les reveló, y las verdaderas, falsas, ó abultadas esperanzas que se formaba, debieron hallarse en maravillosa consonancia con los que desde luego concibieron de él, y de su capacidad y porvenir, tan aventajada idéa. Es más que probable que al exponer en el Real de D. Cárlos los reverses que acababan de dar en Valencia golpe tan fatal á su causa, achacase su culpa á los principales caudillos. Es más que probable tambien que uno de los primeros capítulos de acusacion en que al hacerlo insistiera, sería la lenidad y blandura para con los enemigos; que se